



nos, que son lo único que hace posibles las órdenes mendicantes; ennoblece las artes haciéndolas servir para la religión; suaviza las costumbres; destruye la esclavitud; suscita por todas partes y en todas las clases santos, héroes, sábios, artistas y modelos en todas las condiciones de la sociedad, y para todas las situaciones de la vida humana (1).

¿Cómo es posible, pues, que la Iglesia, que tan grandes cosas llevó á cabo en medio de circunstancias tan difíciles, y que llegó á formar una sola familia de pueblos tan diferentes, no nos inspire un profundo sentimiento de amor y respeto, de alegría y de gratitud? Con todo, esta alegría no se halla libre de mezcla: se van preparando malos tiempos; la vida religiosa se debilita, y la disciplina va perdiéndose; en vano se hacen esfuerzos para reformar la Iglesia en su jefe y en sus miembros. El historiador cristiano no puede ménos de entristecerse é irritarse al ver unos pontífices que con su vida vergonzosa y el abuso de su alta posición han deshonrado la Iglesia, rasgado el lazo que unía á los pueblos cristianos y desconocido la voz amenazadora de tantos personajes santos, únicamente ocupados en la salvación

(1) Cf. Reseña de la organización eclesiástica y política de la Alemania, por Nicol. Voigt. Bonn, 1828, pág. 136 sq.

de la Iglesia católica. Llena de pavor á la vista de una oposición siempre creciente que presagia una grande y próxima caída, dirige aún la vista hácia lo pasado, como si de esta manera pudiese detener la marcha del tiempo; contempla ese gran teatro en donde se han desarrollado tan bellos acontecimientos, á esa sociedad todavía una en su espíritu y forma, en su fe, sus costumbres, sus instituciones políticas y religiosas, y exclama con un autor contemporáneo (1): «Bella y memorable época aquella en que la Europa era cristiana, cuyas provincias estaban unidas por un interés común, y eran gobernadas por un solo jefe, dispensador supremo de los reinos, sin tener por sí mismo un gran poder político. Nada manifiesta tan bien cuán bienhechor era este gobierno espiritual, y cuán adaptado estaba á las necesidades de los tiempos, como el gran vuelo que por su inspiración tomaron todas las cosas humanas, el fecundo desarrollo de todas las empresas, lo mucho que meros individuos profundizaron la ciencia, el arte, la política, y finalmente, las brillantes relaciones espirituales y comerciales que unían á todos los miembros de la gran familia cristiana hasta en las extremidades de la tierra.»

(1) *Novalis*, *El Cristianismo en Europa*, fragmento escrito en 1799.

## CAPÍTULO XXXI

### La imprenta, la pólvora y otros inventos.

El siglo que pasamos á describir, dice C. Cantú refiriéndose á esta época, libro XIII, t. IV, c. I, se señaló por inventos, ya introducidos entónces, ya entónces propagados, tales que cambiaron la faz del mundo. Dejando para el libro siguiente el hablar de la brújula, nos limitaremos ahora á tratar de la imprenta y de la pólvora; debiendo recordar desde el principio que todos los inventos han sido precedidos de ideas análogas excepto, quizá, el de los logaritmos.

Los antiguos escribían sobre cuero, en hojas de palmera, ó en el libro; esto es, en la segunda corteza de las plantas: despues se preparó papel, ó con las fibras del papiro, caña peculiar de Egipto, ó bien con la piel de oveja, que se llamó pergamino, porque si no se inventó, á lo ménos se perfeccionó en Pérgamo. Trazaban los caracteres con canutos de caña aguzados y mojados en tinta; los escritos más importantes eran grabados en piedra, en madera ó en metales (1). Para los usos cotidianos se servían de tablillas enceradas, donde trazaban las letras con un estilo agudo, y empleaban la ex-

(1) *Tácito* (Annal., IV, 43) habla de un monumento histórico de los mesenios, anterior á la guerra del Peloponeso, escrito en láminas de bronce. *Censorino* (De die natali, XXVIII) nos muestra documentos públicos de los etruscos, anteriores 1500 años á Cristo. *Moisés de Koreni* (lib. I, II) habla de columnas donde los antiguos reyes habían escrito las leyes, los tratados y los impuestos. Á los egipcios sirvieron de páginas las superficies de las pirámides. Job deseaba que se escribiesen sus palabras en piedra ó en plomo.

tremidad obtusa para borrar lo señalado. En aquellos papiros ó pergaminos no se escribía más que por un lado, y en seguida se ataba una hoja al pié de la otra, hasta que estuviese completo un libro, el cual despues se arrollaba (volumen), y se prendía con un botón. Julio César fué el primero que escribió las cartas al senado por los dos lados del pergamino, y divulgó el uso de plegarlo, á la manera de nuestros libros (1).

Pulir las hojas con marfil, perfumarlas con aceite de cedro, iminiar y dorar las iniciales, las cubiertas, los cortes, los broches, era el oficio de los esclavos librereros y gramáticos, de los cuales todo hombre rico tenía uno ó más: otros lo ejecutaban libremente para venderlos.

Todo esto se hacia á mano, y como á los errores inevitables se unían aquellas variedades caprichosas y casi instintivas que cada cual introduce cuando copia, los códices salían sumamente incorrectos y diferentes. El que deseaba poseer un texto castigado, lo transcribía

(1) *Lambinet*, Hist. de l'imprimerie. *Santander*, Dict. bibliog. du XV siècle. *Panzer*, Annales typographici. *Dibdin*, Antiquedades tipográficas. *Chevalier*, Orig. de l'imprimerie de Paris. *G. Peignot*, Hist. du velin et du parchemin. Description des bibliot. au XIII siècle. *J. Poujoulat*, Recherches sur la conservation des auteurs profanes au moyen âge. *Geraud*, Essai sur les livres dans l'antiquité, particulièrement chez les Romains. *De Vries*, Eclaircissements sur l'hist. de l'invention de l'imprimerie.



con su propia mano, según lo practicaron algunos gramáticos diligentísimos ó algún doctor de la Iglesia, lo cual dió gran valor á ciertas ediciones de Homero y de la Biblia.

Con el cristianismo el arte de escribir pasó de los esclavos á los monjes, por la necesidad en que se encontraron de propagar los escritos, las polémicas, las oraciones. Constantino-pla, las islas del mar Egeo, la Calabria, el monte Athos, eran otros tantos talleres de libros. San Benito impuso por obligación á los monjes de su órden el copiar; también hubo monjas que se ejercitaron en este trabajo. Guignes, prior de la gran Cartuja, decia en sus estatutos: «Inmortal es la obra del copista; transcribir manuscritos es la tarea que más se adapta á religiosos letrados;» y añade: «Enseñamos á leer á todos los que recibimos entre nosotros por el anhelo de conservar los libros como eterno pasto del alma.» Los monjes pedian á menudo el derecho de caza, á fin de proporcionarse pieles con que encuadernar los libros. Abbon de San Benito, junto al Loira, contaba más de cinco mil escolares, y exigia la copia de dos tomos de cada uno de ellos. En 855, San Lupo, abad de Ferrieres, envió á Italia dos monjes para copiar el tratado *De oratore*; Alfredo el Grande tuvo tiempo para transcribir gran número de obras. Bocaccio copió de su puño la *Divina Comedia*, que regaló á Petrarca, y además un *Tito Livio*. Cuanto poseemos de la antigüedad nos ha llegado casi exclusivamente por conducto de los monjes. Sería, pues, ingratitud y hasta ruindad el lamentarse de que se complacieran en copiar á los Santos Padres y las obras teológicas, con preferencia á los autores clásicos. De todos modos, es indudable que de los escritores que los antiguos nos encomiaron como más eminentes, quizá ninguno nos falta, y que poseemos lo mejor que salió de sus plumas, siéndolo también, que desde antes de la caída del Imperio de Occidente, algunos de ellos se habian hecho muy raros; sirva de ejemplo Aristóteles, de cuyas obras no quedó más que un ejemplar. Lo mismo sucedió con Tito Livio y con otros varios, considerándose un trabajo de gran mérito formar de ellos extractos y compendios, como los de Floro, Justino, Plinio y

otros compiladores. La facilidad que proporcionó este género de obras, hizo que se cuidara ménos de los originales, pues se habia sacado de ellos lo más selecto, de donde resultó que se perdiesen muchos.

Así, pues, la ruina de los autores clásicos principió antes de la irrupción de los bárbaros; éstos con sus guerras é incendios aumentaron el número de aquellas pérdidas; el celo por las buenas costumbres que dejó á otros condenar, indujo á los sacerdotes á destruir algunas obras escandalosas é inmorales. Era difícil traer papiro de Egipto, y después fué de todo punto imposible, cuando los árabes ocuparon aquel territorio. El pergamino, cuyo precio era muy subido, se encareció entónces excesivamente (1). Acudióse, pues, á un recurso ya conocido de los antiguos; el de borrar los caracteres anteriormente trazados á fin de sustituirles otros nuevos (2). Para el buen fraile un antifonario, una coleccion de oraciones, un tratado de la confesion, tenian extremada importancia; y así no vacilaba en borrar la *República* de Ciceron ó el Código Teodosiano, para escribir alguna de aquellas cosas, con tanto derecho como el que nos asiste para ejecutar hoy lo contrario.

Servíanse los antiguos de letras mayúsculas, sin puntuacion; posteriormente la necesidad de ir más de prisa los obligó á acortarlá, resultando el carácter minúsculo. Por la misma razon se introdujeron ciertas abreviaturas ó notas (3), cuyo número ascendió á cinco mil, y

(1) Los documentos públicos se siguieron escribiendo en papiro, mientras lo hubo. El más antiguo, escrito en pergamino, que posee Italia, es del año 784, en el cual Félix, obispo de Luca, confirma al monasterio de San Fridiano de aquella ciudad la donacion de Faulon.

(2) Se llaman Palimpsestos (πάλιν ψητός, raspado de nuevo). En el lib. V hemos hecho ver que entre los antiguos habia ya esta costumbre. El primer palimpsesto se descubrió en la biblioteca del rey de Francia en 1692; era un manuscrito de las obras de San Efrein.

(3) Plutarco (*in Cat.*) dice que los inventó Ciceron, cuando acaeció la conjuracion de Catilina. Tulio, en una epístola á Atico, lib. XIII, le dice: *No habrás entendido aquella cosa porque iba escrita διὰ σημείων* con signos. Otros suponen que el inventor de las notas



mediante ellas podian los *Notarios* seguir el discurso, por acelerado que fuese. Estos, al principio, recogian las decisiones del senado y de las asambleas públicas, ó la última voluntad de los moribundos, de donde el título de notario pasó á designar á todo el que tiene por oficio poner por escrito cualquiera determinacion que interesa á la fe pública. Los verdaderos caracteres taquigráficos cayeron después en tal olvido, que un salterio taquígrafo, hallado por Tritemio en Strasburgo, se registró en el catálogo como si estuviese en lengua armenia.

Ya en tiempo del Imperio las inscripciones habian adoptado caracteres de una forma oblonga y sin elegancia, como puede verse en los muros de Pompeya y en otras partes; todavía aparecen más defectuosos en las catacumbas cristianas y en otras inscripciones que nos quedan de los tiempos oscuros. Sin embargo, hasta el siglo XII se continuaron empleando las letras redondas, aunque desfiguradas; pero entónces, al mismo tiempo que el gusto gótico se introducia en la arquitectura, los caracteres se hicieron angulosos, al modo de las letras alemanas, y luego se les cubrió de rúbricas, uso que duró hasta fines del siglo XV, en que cobró vida la buena caligrafía, indicándonos la nomenclatura una gran variedad de caracteres (1). Posteriormente, en el año 1300 se ci-

fué su liberto Tiron, por lo cual se las llamó tironianas; y Dion Casio, lib. I, V, asegura que Mecenas hizo que su liberto Aquis la publicase estas notas. Petronio, Pilargio, Pannio, y por último, Séneca, gozaron de fama entre los antiguos como taquígrafos. San Cipriano añadió otras á las ya inventadas, y las acomodó todas para uso de la religion. Prudencio en el himno de San Casiano canta:

*Verba notis brevibus comprehendere cuncta peritus,  
Raptimeque punctis dicta præpetibus sequi.*

Origenes, San Agustin y San Jerónimo, hablan de los taquígrafos.

(1) En el catálogo de los libros que dejó el cardinal Guala al monasterio de San Andrés en Vercelli, hallamos una biblioteca (esto es, la Biblia entera) de letra parisiense, cubierta de púrpura y adornada de flores de oro é iniciales por el estilo; otra de letra boloñesa, con cuero rojo; otra de letra inglesa; una pequeña, preciosa, de letra parisiense, con mayúsculas de oro y adornos purpúreos; el Exodo y el Levítico de letra antigua; los doce Profetas en un tomo de letra lombarda; los *Morales* del bienaventurado Gregorio,

ta á fray Jacobo de Florencia, monje camaldulense, como el mejor escritor de letras romanas que ha existido ántes ni después, tanto que su mano fué conservada en un tabernáculo.

Fray Silvestre no fué ménos hábil en iluminar aquellos libros que Jacobo en copiarlos. El estudio de los miniadores es indispensable al que quiere investigar la historia de las artes. El lujo de las miniaturas empezó en el siglo IX, é hizo tales progresos que un libro vino á ser el resumen de todas las bellas artes; la poesia y la retórica concurrían á componerlo, la caligrafía á copiarlo, la pintura á iluminarlo con carmin y azul de Ultramar, la peletería á preparar su cubierta, la cinceladura á adornarlo, la platería á engastar en él piedras preciosas; por último, el dorado á pulir los cortes. Y no se crea que este lujo fué sólo de los grandes: Daniel Merlac, escritor inglés del siglo XII, describe á escolares ignorantes, que sentados con gran prosopopeya en las escuelas hacian colgar ante ellos en dos ó tres mesas inmensos volúmenes resplandecientes con el mucho oro (1).

Fácilmente se concibe que libros escritos á mano y en una materia de tanto coste, debieron subir á enorme precio. En las ciudades donde existian escuelas, habia copistas; Milan en el siglo XIII contaba cincuenta; Paris y Orleans tuvieron hasta diez mil; más de seis mil Oxford, Cambridge y Lóndres, y sin embargo, apenas daban abasto á la afición creciente, al estudio y á las controversias. En 1334 la universidad de Bolonia prohibió á los escolares llevar fuera los libros sin una autorizacion sellada de los ancianos, cónsules y defensores del haber (2). Varios de los catálogos que se exponian en casa de los libreros, y las tarifas decretadas por las universidades, nos dan á conocer algunos precios (3); pero no se pretenda formar un cálculo exacto, pues á menudo contribuian á aumentar el coste las miniaturas.

de buena letra antigua aretina, etc. *Fava*. Gualæ Bichierii card. vita, p. 175.

(1) Ap. Wood, *Univ. Oxon.* ad 1189.

(2) GHIRARDACCI, II, 117.

(3) El padre Sarti (de Prof. Bonon., P. II, 214), publicó un catálogo de libros que estaban de venta en



Las devastaciones de los normandos destruyeron tantos libros en Francia, que según Daunon (1), en el siglo XIII un libro en folio valía cuatrocientos ó quinientos francos de ahora. Á las anécdotas conocidas, referentes al precio de varios libros, añadamos otras que no lo son tanto. Inés, esposa de Godofredo, conde de Anjou, compró en el siglo XI á un obispo, llamado Martin, una colección de homilias, pagando primero cien ovejas, luego un modio de trigo, uno de centeno, uno de maíz, en seguida otras cien ovejas, después algunas pieles de marta, y por último cuatro libras en dinero (2). Godofredo de Saint-Leger, clérigo librero, declara en 1332 ante un notario, haber vendido, cedido, trasferido bajo la hipoteca de todos sus bienes y la garantía de su cuerpo, al Sr. Gerardo de Montagu, por cuarenta libras de parisiés, el *Speculum historiale in consuetudines parisienses* (3). Hacia el año 1392 Alazasia de Blevis, baronesa alemana, dejó á su hija á título de dote, algunos libros que contenían el cuerpo del derecho en hermosos caracteres, recomendándole que se casara con un hombre de toga, capaz de apreciar aquel rico y magnífico tesoro (4). El obispo de Vence dejó todos los suyos

Bolonia. Por ejemplo, *Lectura domini ostiensis* CLVI quinterni, taxati, lib. II, sol. X, etc. Se daban veintidos libras boloñesas por copiar el Inforciato; ochenta por una Biblia, y la libra de Bolonia valía dos florines de oro. Un misal adornado de letras de oro y de pinturas, en 1240, costó más de doscientos florines (Ann. Camald., t. IV, p. 348). Chevillier publicó otras tarifas, y en una de 1303, se lee:

Bruno in Matthæum,	pág. 57,	precio 1 sueldo.
Id. in Marcum,	» 20 » 0 »	17 dins.
Id. in Lucam,	» 47 » 3 »	6 »
Id. in Johannem,	» 40 » 2 »	10 »

Un catálogo de la Sorbona de 1292, cuenta más de mil volúmenes, tasados juntos en tres mil ochocientos doce libras, diez sueldos y ocho dineros. Son precios módicos; además, un *Digestum vetus* se vendió en Pisa por diez y seis libras (127 francos), y en 1279 se copió una Biblia en Bolonia por ochenta libras (435 francos). En vista de esto, *Savigny* (Hist. del der. rom., c. XXV, § 220) niega que los libros costasen mucho, salvo el caso de miniaturas y encuadernaciones.

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XVI, p. 35.

(2) *Ann. Benedictini*, t. IV, p. 475.

(3) *Jaques de Breul*, *Theatre des antiquites de Paris*.

(4) *Cesare Nostradamus*, *Chronique de Provence*.

á los canónigos de San Víctor de Marsella, excepto un breviario cuyo valor debía emplearse en adquirir buenos terrenos (1).

Aquel precio se sostuvo hasta más adelante, pues Luis XI, habiendo sabido que la facultad médica de París poseía un escrito del médico árabe Rhasés, mandó al presidente Juan de Driesche que empeñase su plata á fin de obtener una copia, y Alfonso V de Aragón escribió desde Florencia á Antonio Pecatelli de Palermo, noticiándole que Poggio tenía de venta un Tito Livio por ciento veinte escudos de oro. Pecatelli enajenó una alquería para adquirir el manuscrito, y Poggio compró una heredad con el dinero que sacó de aquella venta.

De consiguiente, las bibliotecas de la época debían ser muy poca cosa, y los reyes y los papas escaseaban tanto de libros, como un monacillo de nuestros días. Sin embargo, algunos habían podido reunirlos en número considerable. Carlos el Sabio formó una biblioteca en el palacio del Louvre, compuesta de novecientos manuscritos, la mayor parte *historiados* con hermosas pinturas. Ocupaba dos pisos de la gran torre: los libros encuadernados en madera y cubiertos de terciopelo ó de becerro, estaban colocados horizontalmente en los estantes, y como eran grandes y pesados, se les ponía para leerlos en atriles giratorios de tres ó cuatro cuerpos. Gil Mulet, que fué el primer bibliotecario, nos ha dejado el catálogo de ellos. Tichsen (2) publicó un documento del archivo Hildense, en que el obispo Bruno regala en 1153, por el bien de su alma, gran número de libros, ascéticos en su mayor parte. Abundaban especialmente en Italia, y allí iban á buscarlos las personas estudiosas; sobre todo en Roma y en los conventos

(1) Existe un inventario de los bienes del obispado de San Martín de Lucca, referente al siglo VIII ó IX. cuya biblioteca es como sigue: *Eptaticum*, vol. 1; *Salomon*, vol. 1; *Machabeorum*, vol. 1; *Actus apostolorum*, vol. 1; *Prophetiarum*, vol. 1; *Librum officiorum*, vol. 1; *Dialogorum*, vol. 1; *Vita... Ezechiel*, vol. 1; *Omeliarum*, vol. 1; *Commentarium super Mathæum*, 1; *Commentarium aliud...*, vol. 2; *Ordo ecclesiasticus*, vol. 1; *Rationes Pauli*, vol. 1; *Antiphonarium*, vol. 2; *Psalterium*, vol. 1; *Vita sancti Martini*, vol. 1; *Vita sancti Laurentii cum memoria sancti Fridiani*, vol. 1.

(2) *Memorias de la Academia de Gotinga*, 1832.



de más nombrada, como la Novalesa, la Cava y el Monte Casino. Cítanse con elogio la biblioteca de San Mauricio en el Valés, fundada en 518, la de Tours en 740, la de Fontenelle en 756, la de San Dionisio en 784, la de la isla Barbe, cerca de Lyon, poco tiempo después, la de la abadía de Ferrieres en 850, la de Prum, cerca de Tréveris, y la del cabildo de Lisieux en el mismo siglo: las de Cluny y Monte Casino son las más célebres que poseyeron los benedictinos y cluniacenses. En la abadía de Bec se encontraron los *Aforismos* de Hipócrates. Después del siglo XII empiezan á formarse ya bibliotecas más numerosas. La de San Luis contaba unos mil trescientos volúmenes, la Sorbona en 1292 tenía mil; Carlos V de Francia novecientos veinte, que en 1415 fueron comprados por el duque de Beaufort, hermano de Enrique V de Inglaterra, al precio de mil doscientas libras esterlinas, y luego rescatados en parte por Luis XI al precio de dos mil cuatrocientos veinte escudos. En 1241 la abadía de Glastonbery poseía la más importante biblioteca de Inglaterra, compuesta de cuatrocientos volúmenes, con un Tito Livio, un Salustio, un Lucano, un Claudiano. Solía decirse que una iglesia sin biblioteca era como una ciudadela sin municiones.

Se encarecen mucho las bibliotecas musulmanas; pero quizá las relaciones que de ellas se han hecho adolezcan de la acostumbrada exageración oriental. Wakidy, historiador de Bagdad al principio del siglo IX, necesitó ciento veinte camellos para trasportar la suya; el famoso visir Ibn Abbad, á fines del siglo X, tenía ciento catorce mil volúmenes; el califa español El-Mostanser al-Haken en Córdoba, cuatrocientos mil. En 1109 los cruzados quemaron la biblioteca de la academia de Trípoli en Siria, que constaba de tres millones de volúmenes; en 1183 Saladino, cuando tomó á Amid en Mesopotamia, regaló á su secretario la biblioteca, compuesta de un millón y cuarenta mil volúmenes: un millon y cien mil contenía la de los últimos fatimitas en el Cairo: el penúltimo califa abasida estableció en Bagdad un colegio, proveyéndole de ochenta mil volúmenes, cuyo número creció en lo sucesivo, hasta el punto de que cuando los mogoles tomaron aquella ciudad,

formaron, arrojándolos al Tigris, un dique, por encima del cual se atravesaba el río á pié ó á caballo. Que lo crea quien guste (1).

Todos se quejaban de la incorrección de las copias, la cual iba en aumento á medida que se generalizaba el gusto á la lectura: Petrarca exclamaba: «¿Quién encontrará un remedio eficaz contra la ignorancia y ruina de los copistas, que todo lo echan á perder y desordenan? No me quejo de la ortografía, perdida » hace ya mucho tiempo... Confundiendo estas » gentes los originales y las copias, después de » haber prometido una cosa, escriben otra completamente distinta, de modo que el mismo » autor no reconoce su obra. ¿Créese, acaso, que » si resucitasen Cicerón, Tito Livio y otros ilustres antiguos, especialmente Plinio el Joven, » entenderían sus libros? ¿No los tomarían, más » bien vacilando á cada paso, ya por obras ajenas, ya por escritos de los bárbaros?» Después añade: «No hay freno ni ley para tales copistas, » elegidos sin examen ni prueba alguna; libertad que no existe respecto de los herreros, labradores, tejedores y demás artesanos» (2).

Cuando se reanimó la afición á los estudios, se conoció más vivamente la necesidad de alguna sustancia que pudiera suplir al papiro y al pergamino, y se encontró. Los chinos atribuyen al primer emperador de la dinastía de los Tin, ciento ochenta años antes de Jesucristo, el mérito de haber hallado el modo de hacer papel de bambú, de paja, de capullos de gusano de seda, de corteza de morera, y hasta de trapo viejo triturado. Su hermoso papel, que llamamos de seda, procede de la segunda corteza del

(1) Véase también á *Quatremère*, Sobre la afición de los orientales á los libros. La verdad es que hoy día hay poquitos en Oriente, y según Frachr, las bibliotecas de Constantinopla tienen 1.000, 1.500, y á lo más 5.000 volúmenes: las dos del serrallo ascienden á 15.000; la de Tipo Saib, saqueada por los ingleses en 1799, poseía 2.000 manuscritos árabes, persas é indios.

(2) De rem, utriusque fort., lib. I, dial. 43.—Igual lamento exhalaba *Nicolas de Clemangis*, Ep. t. II, p. 306: «Surrexerunt scriptores, quos cursores vocant, qui rapido juxta nomen cursu properantes, nec per membra curant orationem discernere, nec pleni aut imperfecti sensus notas apponere; sed in uno impetu, velut hi qui in stadio currunt... ut vix, antequam ad metam veniant, pausam faciant, etc.»